

Las maldiciones

Joe R. Price

El sabio Agur escribió: “Hay generación que maldice a su padre y a su madre no bendice. Hay generación limpia en su propia opinión, si bien no se ha limpiado de su inmundicia. Hay generación cuyos ojos son altivos y cuyos párpados están levantados en alto.” (Proverbios 30:11-13; ver Éxodo 21:17; Levítico 20:9). Vivimos en medio de tal generación. La inmundicia que fluye de la boca de la juventud y hombres y mujeres de edad, inunda nuestra tierra. Las maldiciones son comunes en nuestras escuelas, en el trabajo, en el mercado y en los medios de comunicación. Su influencia arruina a cualquier sociedad donde los corazones de la ciudadanía se entregan a aspiraciones egoístas y orgullosas. Las maldiciones es un ejemplo de tal obscenidad.

La maldición es un pecado

Dónde crecí en Texas se llama “maldecir” (o más precisamente “decir groserías”). De cualquier manera que se diga, la maldición es un pecado. La Palabra de Dios describe al impío como alguien que “llena está su boca de maldición y de engaños y fraude; Debajo de su lengua hay vejación y maldad” (Salmo 10:7). El apóstol Pablo usó este mismo versículo para ayudar a describir la pecaminosidad de “judíos y gentiles” (Romanos 3:9, 14).

Comúnmente pensamos en las groserías y la vulgaridad cuando se habla de “maldecir.” La palabra traducida como “maldición” en el Nuevo Testamento significa “orar en contra de, desear el mal para una persona o cosa; de ahí, maldecir” (*Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento de Vine*, 141). Por lo tanto, maldecir es invocar el mal sobre una persona; es acusar al prójimo. La blasfemia puede ser un elemento de maldición, pero no necesariamente. Aun así, la mayoría de las maldiciones que se hacen hoy día, están llenas de blasfemias y vulgaridades. Todo el lenguaje obsceno debe eliminarse de nuestra boca, lo que incluye maldiciones, profanidades y vulgaridades, como también el uso de eufemismos

en lugar de palabras vulgares (Colosenses 3:8). (Una persona llama a esos eufemismos “maldiciones cristianas”—una descripción curiosa y correcta. Estas también, deben eliminarse de nuestro hablar.

Las maldiciones son palabras ociosas

Jesús dijo: “Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado” (Mateo 12:36-37). Las palabras ociosas incluyen esas que se dicen en forma precipitada, apresurada, a la ligera y airadas. Las palabras ociosas carecen de bondad moral y fruto útil. Destruyen la bondad, la amistad, el amor fraternal y todo lo que es bueno y decente entre los hombres a los ojos de Dios (Efesios 4:29-32). Las maldiciones son palabras sin valor que condenan al que las usa. El que las dice es *impotente* para ejecutarlas. Las maldiciones son palabras *impías* que promueven el egoísmo. Usar esas palabras ociosas hará que uno sea condenado en el día del juicio.

Las maldiciones expresan odio

Las maldiciones proceden de un corazón que detesta su propósito. Así, maldecir a otros es la antítesis del amor. Goliat ejemplificó el odio de maldecir cuando le dijo a David: “¿Soy yo perro, para que vengas a mí con palos? Y maldijo a David por sus dioses” (I Samuel 17:43). Pedro, cuando negó conocer a Jesús, “comenzó a maldecir, y a jurar” (Mateo 26:74). No es de extrañar que este discípulo cariñoso “llorara amargamente” cuando se dio cuenta de su pecado contra el Salvador (Mateo 26:75).

Jesús enseña “benedicid a los que os maldicen,” y nos muestra con su ejemplo cómo se logra (Mateo 5:44; Romanos 12:14). Cuando Jesús fue maldecido, “no respondía con maldición” (I Pedro 2:23). De la misma manera, sus discípulos no devuelven “maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo” (I Pedro 3:9). La maldición

es lo opuesto a la bendición (ver Proverbios 30:11 arriba). Con la lengua “bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así” (Santiago 3:9-10). Mientras que para bendecir a una persona se expresa el deseo de que reciba cosas buenas, que den felicidad, al maldecir se articula el deseo de una persona de que el horror, la calamidad y el dolor se acumulen sobre otra persona. Maldecir es no amar al prójimo como a uno mismo o tratar a los demás como deseamos ser tratados (Marcos 12:31; Lucas 6:31).

Las maldiciones son palabras orgullosas

Maldecir no es solo odio, sino es orgullo y presunción: “Por el pecado de su boca, por la palabra de sus labios, sean ellos presos en su soberbia” (Salmo 59:12). A medida que la boca da con desdén sus maldiciones, se muestra un corazón que se eleva por encima de los demás. La persona que maldice a su prójimo piensa demasiado bien de sí mismo (Romanos 12:16). Al maldecir con la lengua, deja ver su necio orgullo que supone tener la posición, el poder y la prerrogativa de acusar a otra persona. El orgullo se muestra cada vez que se produce una maldición. Al maldecir a otra persona, uno implica ser superior a ella. La persona que maldice es una persona arrogante.

En lugar de invocar reproches y acusaciones sobre los demás, debemos dejar que “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes” (Efesios 4:29, 31). Contristamos al Espíritu de Dios cuando nuestras maldecimos y destruimos a los demás (Efesios 4:30).

Las maldiciones son palabras irreverentes

Incluso algunas personas que permiten que las maldiciones fluyan de sus bocas entienden que es irrespetuoso. En varias ocasiones recuerdo a personas que generalmente usan lenguaje profano y cambian su forma de hablar delante de una mujer o del predicador. Debemos darnos cuenta de que siempre estamos en la presencia del Dios Todopoderoso. Al maldecir a los hombres,

mostramos falta de reverencia hacia Dios, quién creó y sustenta a todos los hombres (Santiago 3:9).

Maldecir muestra una falta de amor por el hombre y una falta de amor y respeto por Dios. El que ama a Dios con todo su corazón, alma, mente y fuerza no maldice a Dios ni a los hombres (Marcos 12:30).

Increíblemente, muchas personas maldicen abiertamente a Dios. Cuando un hombre blasfemó el nombre del Señor y maldijo en el campamento de Israel fue apedreado hasta la muerte. Dios dijo:

Saca al blasfemo fuera del campamento, y todos los que le oyeron pongan sus manos sobre la cabeza de él, y apedréelo toda la congregación. Y a los hijos de Israel hablarás, diciendo: Cualquiera que maldijere a su Dios, llevará su iniquidad. Y el que blasfemare el nombre de Jehová, ha de ser muerto; toda la congregación lo apedreará; así el extranjero como el natural, si blasfemare el Nombre, que muera (Levítico 24-14-16).

El hecho de que no vivamos bajo la Ley de Moisés y por lo tanto, no apedreemos a la gente no es consuelo para la persona que toma el nombre del Señor en vano (Éxodo 20:7). El Señor no dio por inocente a la persona que tomó su nombre en vano bajo el primer pacto y tampoco una persona escapará del castigo actualmente si profana el nombre del Dios santo (Hebreos 2:1-2; Mateo 12:37).

Las maldiciones consumen y destruyen

Cuando la maldición es el curso habitual del hablar de una persona, su naturaleza peligrosa se desvanece. Algunos lo dicen tan fácilmente ¡que ni siquiera se dan cuenta de lo que sale de sus labios! Para ellos, sus maldiciones son tan naturales como la ropa que usan y el agua que beben. Sin embargo, tenga en cuenta que el juicio divino ciertamente vendrá sobre la persona que maldice a su prójimo con su lengua:

Amó la maldición, y ésta le sobrevino; Y no quiso la bendición y ella se alejó de él. Se vistió de maldición como de su vestido y entró como agua en sus entrañas y como

aceite en sus huesos. Séale como vestido con que se cubra y en lugar de cinto con que se ciña siempre. Sea este el pago de parte de Jehová a los que me calumnian y a los que hablan mal contra mi alma (Salmo 109:17-20).

Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley; pero si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez. Uno solo es el dador de la ley, que puede salvar y perder; pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro? (Santiago 4:11-12).

Tenga la seguridad de que la maldición pone a uno bajo el juicio divino y la justa condenación.

Labios que silencian la maldición

Uno puede arrepentirse del pecado de maldecir y restaurar la pureza de su discurso. Controlar la lengua requiere una vigilancia constante del corazón: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida. Aparta de ti la perversidad de la boca y aleja de ti la iniquidad de los labios (Proverbios 4:23-24). Dado que nuestras palabras proceden de nuestro corazón, debemos poner la Palabra de Dios profundamente en nuestros corazones para que el fruto de nuestros labios alabe a Dios en lugar de maldecir a Dios y al hombre (Hebreos 13:15; Santiago 1:21; 3:9-10).

El Espíritu Santo nos enseña cómo restaurar o mantener puro nuestro hablar en Filipenses 4:8: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.” Al purgar nuestros mentes de malos pensamientos y poner buenos en su lugar, podemos proteger nuestros corazones y nuestras lenguas contra el pecado de maldecir.

Hay algunas cosas prácticas que podemos hacer para vencer y resistir el maldecir:

1. Desarrolle amor por los demás. Donde hay amor no habrá maldición (I Corintios 13:4-7). La persona que maldice a otros no los ama.

2. Sea humilde ante Dios y el hombre (Santiago 4:6-10). Los corazones humildes producen palabras bien dichas, con propiedad, no ásperas, no detestables ni altivas que acusan y muestras poco respeto (Proverbios 25:11).

3. Pida ayuda a Dios. “Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Oh Jehová, roca mía, y redentor mío” (Salmo 19:14).

4. Sea reverente con Dios. Cuando Dios es reverenciado en el corazón de una persona, sus palabras reflejarán honra para Dios y para el hombre. “Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey” (I Pedro 2:17). Las maldiciones no salen de una boca cuyo corazón se entrega en una vida reverente.

5. Sea amable y perdonador. “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32). Los corazones que son misericordiosos evitan maldecir, sabiendo que: “con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (Lucas 6:37-38).

6. Aumente su fe. Cuando “andamos en la fe” nuestras palabras son sazonadas con la sal de la gracia, no mezcladas con el veneno de las malas palabras (II Corintios 5:7; Colosenses 4:6; Mateo 12:33-37).

Conclusión

Debemos obtener y observar la sabiduría relacionada con Salomón cuando dijo: “La boca del necio es quebrantamiento para sí y sus labios son lazos para su alma” (Proverbios 18:7). Aunque la intención de maldecir a una persona es destruirlo, el resultado es la destrucción de la persona que dice la maldición. Es insensato, es una hablar ocioso que condena el alma (Mateo 12:36-37).

“El impío es enredado en la prevaricación de sus labios; más el justo saldrá de la tribulación” (Proverbios 12:13). Por lo tanto, “El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal

y sus labios no hablen engaño; apártese del mal, y haga el bien; busque la paz, y sígala” (I Pedro 3:10-11).

Versión al Español

Jaime Hernández Castillo

Querétaro, Mex. Noviembre de 2017

Preguntas

1. Defina “maldecir” y aplíquelo al uso pecaminoso de la lengua _____

2. ¿Cuáles son algunas cosas que hacen que los niños maldigan a sus padres de acuerdo a Proverbios 30:11-14? _____

3. ¿Qué es un eufemismo? ¿Está Dios satisfecho con la “maldición cristiana”? (Efesios 4:29-32; Colosenses 4:6) _____

4. ¿Por qué la maldición está entre las “palabras ociosas” contra las que Jesús advirtió en Mateo 12:36-37? _____

5. ¿Qué hay de malo en bendecir a Dios y maldecir al hombre con nuestra lengua? (Santiago 3:9-12) _____

6. Mencione a algunos personajes bíblicos que maldijeron. _____

7. De acuerdo a Mateo 5:43-48, ¿Cómo debe responder el cristiano a los que lo maldicen? _____
¿Por qué? _____

8. ¿Cómo puede el ejemplo de Jesús ayudarnos a no maldecir a los demás? (I Pedro 2:21-23) _____

9. ¿Ama a Dios la persona que maldice a su prójimo? (I Juan 4:20-21) _____

10. ¿Por qué podemos concluir que el orgullo genera maldición? (Salmo 59:12; Romanos 12:14-18) _____

11. ¿Quién se aflige cuando usamos palabras de maldición? ¿Por qué? (Efesios 4:29-32) _____

12. ¿Qué penalidad imponía la Ley de Moisés al hijo que maldecía a sus padres? (Éxodo 21:17; Levítico 20:9). _____

13. ¿Qué debe controlarse para no maldecir? (Proverbios 4:23-24; Santiago 3:2, 8) _____

14. Nombre algunas formas prácticas que ayudan a superar la maldición y mantener el hablar puro _____

15. ¿Quién es realmente maldecido como resultado de maldecir? (Mateo 12:36-37; Proverbios 12:13; I Pedro 3:10-11) _____
